



Octavio Campero Echazú. Tarija, 1898 – 1970. Poeta de extraordinaria sensibilidad, conocedor de los secretos de la vida que se logran en poemas de gran significación humana y el dominio de las costumbres de su tierra natal. Ha contribuido a la bibliografía poética boliviana con las siguientes obras: *Arias sentimentales* (1980); *Amancaya* (1942); *Voces* (1958); *Al borde de la sombra* (1963). Obra póstuma: *Aroma de oro* (1971) y, *Cantares de nostalgia* (2000).

Porque van diez años...

Para Alfredo Vargas P.

Porque van diez años
que dejé mi tierra,
ya nadie quiere
conocer me siquiera...

Es cierto, he cambiado:
mi madre está muerta,
la casa vendida, y el molle-coplero
de notas de pájaros –convertido en leña...

Porque van diez años
que dejé mi tierra,
las gentes me miran
con ojos de ausencia.

Ayer una moza del campo
–áñora de greda
colmada de soles y lluvias:
olor de la tierra!
amancaya rosa, que invertida es una
lírica pollera–,
no quiso conmigo
balear a la rueda,
porque van diez años
que dejé mi tierra.

¡Pensar que yo pude colgarle zarcillos
de dulces tonadas de Cella,
enflorar con rosas y risas
la flor de su oreja;
trenzarme en sus largos cabellos
color de tormenta,
y aventar el trigo de sus sensaciones
en doradas eras!...

Pero aquella moza,
fragante y huidiza como agua de acequia,
se me fue con otro, con otro...
–¡malhaya mi sed de querencia!–
porque van diez años
que dejé mi tierra.

Anillo chapaco

A Octavio O'Connor D'ardach

Con la plata de mis pagos,
hazme, platero, un anillo
que me encadene a mi moza
fragante a sol y membrillo.

Ella lo quiere más firme
que la muerte y el olvido,
y del color de una luna
de bodas por el camino.

Pon sobre el yunque sonoro
el claro metal arisco;
y amorosamente calga,
suba y calga, con el ritmo
de mi corazón, la comba
musical de tu martillo.

Y después, en letras de oro,
con el buril del destino,
graba en el aro esta dulce
tonada de mi cariño:
Rosalinda de la Vega.
¡Ay, Rosalinda, qué lindo
suena tu nombre chapaco
al trenzarse con el mío!

Alrededor de tu dedo
–cogollo reclinó florido–
remacharé con mis besos
–pájaros que van al trigo–
un aro de amor más firme
que la muerte y el olvido.

¡Platero, con esta plata
vas a forjar mi destino
Ella me espera lavando
su ropa blanca en el río.

¡Ni la sombra de una nubol
¡Ni el ala de un pájaro!
¡Ni el rumor de un hilo de agua
en las quebras del barranco!

Quiero el sol. Dormía el viento
en un profundo letargo,
como un chapaco londido
a la sombra de los tachos...

Y mordiendo sol y polvo
yo soñaba con tu rancho;
y con el agua de lluvia
de tu cáñaro,
bebida a sorbos febriles
en el vaso
oloroso a hierbabuena
de tus manos

¡Y velay que te veía
con los pies desnudos –gajos
de margarillas silvestres
en el vado–
cruzar la acequia dormida
bajo el temblor de los álamos!

Y correr por los viñedos
entre alfalfares morados,
propicios para la cita
de los amores del campo.

¡Qué deliciosos racimos
de tentación bajo el sayol
¡Y qué vino el de las copias,
en el lagar de tus labios!...

Después, cayó la tormenta
de tu cabello en mis manos...
Y en la noche campesina
de los ojos asomaron
estrellas humedecidas,
como lirios del verano...

Pero el camino era rudo
y el caminar sin descanso.
Con el poncho del sol iba
cuesta arriba y cuesta abajo.

Camíné todo aquel día,
camíné diez años largos;
aún me encuentro en el camino,
caminando, caminando...

Del camino

A Guido Villa-Gómez

Con un temblor de aguacero
–parenne son de mi patio–,
me despidieron el viento
los pañuelos de los álamos.

(Ya el alba azul se iba en sangre
picoteada por los gallos.)

Y me fui por el camino
de tus pagos,
desgrane que te desgrane
una mazorca de cánticos....

Mediodía. Por la cuesta
iba a galas mi caballo,
bajo el resuello de fuego
del verano.

Con los brazos polvorientos
tendidos al cielo rasgo,
en rogativa de nubes
se retorcían los cardos-